

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración en los Hechos de los Apóstoles (4)

2 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En las últimas catequesis hemos visto cómo, en la oración personal y comunitaria, la lectura y la meditación de la Sagrada Escritura abren a la escucha de Dios que nos habla, e infunden luz para comprender el presente. Hoy quiero hablar del testimonio y de la oración del primer mártir de la Iglesia, san Esteban, uno de los siete elegidos para el servicio de la caridad hacia los necesitados. En el momento de su martirio, narrado por los Hechos de los Apóstoles, se manifiesta, una vez más, la fecunda relación entre la Palabra de Dios y la oración.

Esteban es llevado al tribunal, ante el Sanedrín, donde se le acusa de haber declarado que «*Jesús... destruirá este lugar (el templo) y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés*» (Hch 6,14). Durante su vida pública, Jesús efectivamente anunció la destrucción del templo de Jerusalén: «*Destruid este templo y en tres días lo levantaré*» (Jn 2,19). Sin embargo, como anota el evangelista san Juan, «*Él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de lo que había dicho, y creyeron en la Escritura y en la Palabra que había dicho Jesús*» (Jn 2,21-22).

rechazar a Dios y su acción, afirma que Jesús es el Justo anunciado por los profetas; en Él, Dios mismo se hizo presente de modo único y definitivo: Jesús es el "lugar" del verdadero culto. Esteban no niega la importancia del templo durante cierto tiempo, pero subraya que «*Dios no habita en edificios contruidos por manos humanas*» (Hch 7,48). El nuevo verdadero templo, en el que Dios habita, es su Hijo, que asumió la carne humana; es la humanidad de Cristo, el Resucitado que congrega a los pueblos y los une en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La expresión sobre el templo "no construido por manos humanas" se encuentra también en la teología de san Pablo y de la Carta a los Hebreos: el cuerpo de Jesús, que él asumió para ofrecerse a sí mismo como víctima sacrificial a fin de expiar los pecados, es el nuevo templo de Dios, el lugar de la presencia del Dios vivo; en él, Dios y el hombre, Dios y el mundo están realmente en contacto: Jesús toma sobre sí todo el pecado de la humanidad para llevarlo hacia el amor de Dios y para "quemarlo" en este amor. Acercarse a la cruz, entrar en comunión con Cristo, quiere decir entrar en esta transformación. Y esto es entrar en contacto con Dios, entrar en el verdadero templo.

La vida y el discurso de Esteban se interrumpen de improviso con la lapidación, pero precisamente su martirio es la realización de su vida y de su mensaje: llega a ser uno con Cristo. Así, su meditación sobre la acción de Dios en la historia, sobre la Palabra divina que en Jesús encontró su plena realización, se transforma en una participación en la oración misma de la cruz. En efecto, antes de morir exclama: «*Señor Jesús, recibe mi espíritu*» (Hch 7,59), apropiándose las palabras del Salmo 31 (Sal 31,6) y recalcando la última expresión de Jesús en el Calvario: «*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc 23,46); y, por último, como Jesús, exclama con fuerte voz ante los que lo estaban apedreando: «*Señor, no les tengas en cuenta este pecado*» (Hch 7,60). Notemos que, aunque por una parte la oración de Esteban recoge la de Jesús, el destinatario es distinto, porque la invocación se dirige al Señor mismo, es decir, a Jesús, a quien contempla glorificado a la derecha del Padre: «*Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios*» (Hch 7,56).

Queridos hermanos y hermanas, el testimonio de san Esteban nos ofrece algunas indicaciones para nuestra oración y para nuestra vida. Podemos preguntarnos: ¿De dónde sacó este primer mártir cristiano la fortaleza para afrontar a sus perseguidores y llegar hasta el don de sí mismo? La respuesta es sencilla: